

fundara en la libertad humana. Habría que preguntarse por qué se produjo un cierto cansancio en el racionalismo europeo y si la conciencia de la libertad no se vio obligada a respetar los datos históricos sobre los que se desarrolla la autonomía racional.

Finkelkraut no entra en la discusión de estas preguntas y se limita a denunciar las contradicciones con cierta malignidad subrayando las «renversements des alliances» que en estos últimos decenios se han producido entre los grupos que han dirigido la vida cultural mundial, especialmente en la UNESCO.

El libro de Finkelkraut que comentamos será considerado como un exponente del pensamiento «reaccionario». Pero no por ello dejará de plantear ciertos interrogantes incómodos. Es claro que el racionalismo de las luces acabó —al menos, en ciertos círculos— en un «alejandrismo» en el que la razón sólo sabía de sí misma y de su reflexión sobre sus propios productos. Frente a este agotamiento, el afán entusiástico que procura «aquí y ahora», inmediatamente, el contacto con la vida misma, la exaltada inmersión con la pujanza biológica juvenil, resulta, a primera vista, una renovación, un realismo creador. Finkelkraut arremete también contra este abandono de la razón y del pensamiento en favor de lo que él considera el fanatismo de nuestros tiempos.

En los albores de la Edad Moderna Lutero, en su lucha contra fanáticos y contra racionalistas, miraba con pesimismo el espectáculo de una naturaleza humana que, de hecho, se curva sobre sí misma, impidiéndose el acceso a mayores metas. También hoy hay que plantearse si la defensa de la cultura, de la civilización y de las identidades nacionales ha superado su fase narcisista y es capaz de establecer una comunicación con lo que le desborda, con todo aquello que la humanidad ha creado con valor universal.

JOSÉ MARÍA ARTOLA

BARNES, B., *Sobre Ciencia*, Labor, Barcelona, 1987.

En este libro *Sobre ciencia*, que no de ciencia, Barnes presenta un estudio que, tal como él nos dice, se ocupa de «la ciencia como actividad, de la forma en la que la ciencia se ordena y organiza y, especialmente, de la relación de la ciencia con el resto de la sociedad». Quizá el fundamento de su enfoque podemos resumirlo con las palabras con las que el autor cierra el libro «el conocimiento se apoya en la colectividad». De ahí que nos encontremos con un libro que nos presenta a la ciencia no como un conocimiento aislado, sino muy al contrario, como un conocimiento que

ha «asentado su posición mediante el desarrollo y la consolidación de unas estrechas relaciones de interdependencia con las instituciones sociales más importantes, en el campo de la tecnología, en la economía, en el contexto militar, en el gobierno y en la esfera política».

Barnes centra las características esenciales de nuestra sociedad occidental en la importancia de la ciencia y la tecnología, y, aunque señala el origen de este predominio en la revolución científica de los siglos XVI y XVII, precisa que no fue más que en el siglo pasado, con el apogeo de la revolución industrial, cuando la ciencia se organiza con la complicada estructura que conocemos hoy en día (conocimiento y legitimación de una clase social, importancia en proyectos educativos, creación en las universidades de facultades especializadas, aparición de asociaciones científicas, publicaciones, proyectos de investigación, etc.). Con esta institucionalización la ciencia queda integrada en la sociedad.

Barnes presenta un lúcido análisis del funcionamiento tanto externo como interno de la ciencia como institución, institución que cada día goza de mayor prestigio, autoridad y respeto en la sociedad. En este análisis, Barnes, cuya visión de la ciencia se basa en que como conocimiento es provisional e incierto (puesto que no es una reflexión directa del mundo real sino una interpretación teórica de ese mundo) trata de explicitar el porqué del respeto de que goza, siendo, de hecho, considerada como el único conocimiento objetivo. Expone cuáles son esas características propias de la ciencia que favorecen esos valores de objetividad y autonomía profesional, y el modo en que los científicos (de forma inconsciente) han conseguido transmitir esa confianza en la ciencia como conocimiento seguro, tanto a nuevas generaciones de científicos como a la sociedad en general.

La controvertida cuestión de una posible dominación política por parte de los científicos, de una futura sociedad de tecnócratas, es respondida por Barnes de forma clara: la sociedad está dominada a través de la ciencia y la tecnología, pero nunca por ellas directamente. La decisión personal o colectiva nunca podrá ser eliminada por el avance científico, porque nunca debemos olvidar que la ciencia nos dice lo que es (o al menos operamos como si lo dijese), pero nunca podrá decirnos lo que debería ser.

El libro como vemos, presenta una visión humanista y social de la actividad científica, tanto en su funcionamiento actual como en las referencias históricas que aparecen a lo largo de este trabajo. Gracias a la forma en la que Barnes expone sus ideas no hace falta ser un especialista en temas de ciencia o filosofía de la ciencia para poder comprender el complejo funcionamiento de la ciencia en la sociedad actual. Presenta reflexiones muy interesantes, encuadrables dentro de esa nueva disciplina que han dado en llamar «filosofía de la tecnología» (no hay que olvidar su formación en ciencias y tecnología) que merecen una exposición más detallada, y que esperamos den origen a otro trabajo.

Nos encontramos ante un libro riguroso, sugerente, que derrocha imaginación, humor y crítica, lleno de ejemplos pertinentes, que posee una amenidad difícil de reflejar en una nota como esta, muy interesante por su enfoque general y, por qué no decirlo, muy divertido. En definitiva, es uno de esos pocos libros *Sobre ciencia* que después de haberlos leído, se desearía conocer a su autor, en la seguridad de que le quedan cosas interesantes por contarnos. Y eso es algo que no pasa todos los días.

ARANTXA MARTÍN SANTOS

DEMETRIO CASADO, con la colaboración de Encarna Guillén., *Introducción a los Servicios Sociales*, Ed. Acebo, Madrid, 1987.

La *Introducción a los Servicios Sociales* de Demetrio Casado, obra en la que colabora la profesora de la Escuela de Trabajo Social de la Universidad Complutense de Madrid, Encarna Guillén, ha sido diseñada pensando en los alumnos de las escuelas. Un simple vistazo al índice confirma la intención con la que se ha elaborado el tema.

Las necesidades humanas, las respuestas sociales a las mismas, los modos de satisfacción y el concepto de los servicios sociales forman la primera parte del libro. En ésta destacaremos brevemente dos temas de especial relevancia en el campo de los servicios sociales, a saber: el de la demanda y la oferta social. En cuanto al primero, apuntan los autores a algunos mediadores, como aquellos ciudadanos que «piden servicios y prestaciones para resarcirse de una presunta presión fiscal excesiva, o para castigar a los poderes públicos por su posible torpeza o exceso de dominación». En cuanto al segundo, y refiriéndose a la oferta social en España, señalan con acierto «la persistente presencia de actitudes paternalistas» en la dimensión rehabilitadora de los servicios sociales y «el gusto por proteger y ser protegido», factores todos que contribuyen a perpetuar y reforzar la inicial incapacidad de los asistidos así como a contradecir el espíritu rehabilitador e inutilizar sus acciones.

La segunda parte está dedicada a dar una visión histórica de los servicios sociales, el análisis de la constitución y las influencias exteriores que han contribuido al actual diseño del así llamado sistema de servicios sociales.

Por último, la tercera parte está dedicada, en su mayoría, a las áreas de actuación y sistema organizativo de los servicios sociales. En el último capítulo se presta atención a los límites del sistema para terminar con ciertas indicaciones críticas a modo de «signaturas pendientes». Los autores hacen una anotación interesante que merece reflexión rigurosa, a